

OTROS LIBROS DEL PASTOR E. VALVERDE, SR.

- Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia
- Autobiografía del Pastor Efraim Valverde Sr.
- Conociendo a Nuestro Enemigo
- Culturas y Tradiciones Latinas
- Cristianos Violentos
- El Espíritu Santo y las Lenguas
- El Diezmo y la Mayordomía Cristiana
- El Divorcio y el Volver a Casarse
- El Tribunal de Cristo
- El Verbo de Dios
- ¿Existe la Trinidad?
- Hijos de Dios, ¿Fantasía o Realidad?
- Himnario "Maranatha"
- La Diferencia entre Teocracia y Democracia
- La Esposa Mujer del Cordero
- La Esperanza de la Resurrección
- La Historia del Moderno Estado de Israel
- La Humanidad del Señor Jesús
- La Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo
- La Importancia del Bautismo en Agua
- Las Inmundicias de Nuestra Carne
- La Maravillosa Gracia de Dios
- La Muerte y los Hijos de Dios
- La Realidad Sobre la Evolución
- La Realidad Sobre el Rapto
- La Unicidad de la Deidad
- Las 70 Semanas de Daniel
- Llamados para Atacar
- Liderato entre el Pueblo de Dios
- ¿Libertad o Libertinaje?
- Los Ciento Cuarenta y Cuatro Mil
- Manifestaciones de los Espíritus
- Ministros del Señor Jesucristo
- ¿Quiénes son Israelitas?
- Saliendo de Babilonia
- Señor Jesucristo Nombre Supremo de Dios
- YHWH, El Nombre Original de Dios
- 666 ¿Literal o Simbólico?

Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia (En este libro de 250 páginas, el Pastor declara la diferencia entre el gobierno de Dios, y del hombre, en la Iglesia del Señor. Reprueba inclusive las fantasías del Futurismo. Refiere también datos históricos que tienen que ver tanto con Israel como con los 20 siglos de existencia de la Iglesia).

Además de los libros descritos, ofrecemos también predicaciones en audiocassetes y videocassetes, tratados, y otra literatura y publicaciones del pastor E. Valverde, Sr. Tenemos también un amplio surtido de Biblias y de libros para el estudio de la Palabra de Dios, himnarios, música cristiana, y mucho más. Haga su pedido a:

LIBRERÍA MARANATHA
P.O. Box 10271-Salinas, Ca 93912
Teléfono: (831) 422-3449 / Fax: (831) 769-0290

Si desea recibir la publicación trimestral, "MARANATHA", envíenos su domicilio postal y con gusto se lo enviaremos gratuitamente:

NOMBRE: _____
DIRECCIÓN: _____

MINISTERIOS E. VALVERDE
P.O. Box 10271
Salinas, Ca 93912
Teléfonos: (831) 422-5024 y (831) 422-0647
Visítenos en nuestro sitio en el Internet: www.evalverde.com
o escribanos una carta electrónica: evalverde@evalverde

La UNICIDAD en la DEIDAD

Pastor E. Valverde, Sr.



de Cristo el Señor, pidiendo al Señor que así como a mí me quiso revelar *“el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo”*, lo haga también con otros más. También los razonamientos descritos son para que los usen aquellos cristianos que *“con mansedumbre y reverencia”* (1 Pe. 3:15) sientan en su corazón compartir esta revelación con los que aún no la han recibido. •

SOBRE EL AUTOR

El pastor Efraim Valverde, Sr. inspirado por el Espíritu Santo, ha sido también el autor, a lo largo de medio siglo ya, en el ministerio, de otros muchos libros escritos. En ellos diserta sobre temas y verdades de prominencia suprema. Y digo "suprema" porque del conocimiento de tales verdades depende la vida espiritual de los hijos de Dios.

Con un llamamiento no común, este ministro de Jesucristo el Señor, ha presentado al pueblo de Dios -en una forma singular-, tanto por el mensaje hablado como por el

© Publicaciones Maranatha
of the Church of Jesus Christ in the Americas
P.O. Box 10271 Salinas, CA 93912-7271

Tercera Edición/2005

en esos medios el Señor obró la operación que nada ni nadie había podido hacer: el milagro de transformar mi vida y *“nacer otra vez”* (Jn. 3:3). En ese ambiente, inclusive, fui sumergido en las aguas del bautismo en los títulos, “Padre, Hijo, y Espíritu Santo”. Mas al pasar del tiempo, Dios en Su misericordia quiso llamar mi atención sobre los pasajes bíblicos que en parte antes he citado.

Hoy, después de 50 años, tengo la sagrada satisfacción de poder decir que *“no conferí con carne y sangre”* (Ga. 1:16), sino que orando, llorando y leyendo, le plació al Señor revelarme en Su Palabra la Unicidad en la Deidad, el bautismo en Su Nombre y que el maravilloso don del Espíritu Santo –con la evidencia de *“hablar en otras leguas”* (Hch. 2:4)— era también para mí. Desde entonces, todos estos años y hasta hoy me he preguntado: ¿Por qué el Señor quiso darme esta maravillosa revelación, y a otros cristianos que yo sabía que antes habían vivido mejor que yo no se las dio?

Hoy solamente sigo dando gracias a Dios por este privilegio. Mas mis hermanos que he conocido y tratado en el curso de los años, quienes sinceramente aman al Señor pero que son creyentes en “La Trinidad”, sabe mi Dios que digo en verdad que están en mi corazón. Y más particularmente aquellos que me consta que siendo personas sufridas y humildes, que en un tiempo u otro han recibido ciertamente el testimonio de esta verdad, mas se la han dado cristianos dogmáticos. Éstos últimos ciertamente tienen revelación, pero no tienen compasión ni misericordia, solamente mucha “doctrina” y demasiado juicio.

Para estos cristianos sinceros que anhelan conocer más de Dios, estos razonamientos van dirigidos con el amor

CONTENIDO

	PÁGINA
INTRODUCCIÓN.....	5
LA UNICIDAD EN LA DEIDAD	6
LA HISTORIA ANTIGUA TRAS EL MISTERIO	9
MANIFESTACIONES VISIBLES DEL SEÑOR	10
EL MISTERIO DE LA DEIDAD MANIFESTADO	12
PRINCIPIO DEL PLAN DE SALVACIÓN	14
VARIOS RAZONAMIENTOS IRREFUTABLES	15
RAZONAMIENTOS EN “LA FLAMA BLANCA”	19
EL DIOS ETERNO EN SU ESPÍRITU INFINITO	20
EL DIOS ETERNO EN SU CUERPO DE GLORIA.....	22
LOS TRES ASPECTOS PRINCIPALES EN DIOS	23
LOS 46 CROMOSOMAS ORIGINALES.....	24
LOS APÓSTOLES ENTENDIERON EL MISTERIO.....	27
COMENTARIO DE EXPERIENCIAS PERSONALES.....	28
SOBRE EL AUTOR.....	31

“Para que sean confortados sus corazones, unidos en amor, y en todas riquezas de cumplido entendimiento para conocer el misterio de DIOS, y del PADRE, y de CRISTO, en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento. Y esto os digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas”.

(Colosenses 2:2-4)

“en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” Mt. 28:19). Y ellos entendieron claramente cuál es ese Nombre y lo anunciaron cual el pendón glorioso de salvación. Inclusive, a todos los que creyeron y recibieron el mensaje del Nombre, los bautizaron en el Nombre Divino y maravilloso de Jesucristo el Señor (Hch. 2:38; 8:16; 10:48; 19:5 y 22:16, y esto también lo confirman en Ro. 6:3, Ga. 3:27 y 1 Pe. 3:21).

En las mentes de los apóstoles nunca existió la doctrina de “La Trinidad”. Ellos creían firmemente que Dios es UNO. Para ellos hubiera sido algo absurdo e imposible el creer que hubiere “tres personas distintas” en Dios. Eran hombres del linaje de Israel, conocedores y guardadores de las enseñanzas de Moisés, siervo de Dios, quien dijo: *“Oye Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor UNO es”* (Dt. 6:4).

COMENTARIO DE EXPERIENCIAS PERSONALES

Para concluir este breve estudio sobre la Unicidad en la Deidad, reprobando la interpretación errónea e incoherente de la existencia de tres personas en Dios, cierta-mente definiendo las verdades Divinas y repuebo la falsedad con firmeza. Mas repito lo dicho ya al principio, que mi intención no es ofender a nuestros hermanos que no tienen esta revelación, mucho menos para despreciarlos o enjuiciarlos. Pues entre ellos hay muchos que yo personalmente conozco, que me consta aman al Señor con todo su corazón e, inclusive, me brindan a mí también su amor cristiano.

Por otra parte, también he testificado ya por toda una vida que mi principio en el Camino del Señor fue en un ambiente Trinitario. Nunca he negado el hecho de que

es *“la Imagen”* original de la que fue *“copiado”* el hombre. Pues *“el día que fue creado el hombre, a la semejanza de Dios lo hizo”* (Gn. 5:1). Entendemos que es absurdo pensar que lo haya hecho a la semejanza de Dios en Su Espíritu Infinito, mas lo hizo semejante a Su propia Imagen. Así que el término, *“Hijo del hombre”*, los discípulos entendían que es *“la Imagen del hombre”*.

Los apóstoles, inclusive, hablan confiada y abiertamente en sus escritos del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. En el texto inicial el apóstol Pablo habla *“de Dios, y del Padre, y de Cristo”*. En las mentes de ellos no había ningún problema para entender *“el misterio de la piedad”*, o sea el misterio de la Unicidad en la Deidad, que en lo ya escrito he tratado de explicar en la forma más entendible posible. Aunque repito que estoy más que consciente que no importa qué tan claro hagamos la explicación, la revelación no puede venir de *“carne y sangre, más [de] mi Padre que está en los cielos”* (Mt. 16:17).

Los discípulos también entendieron que el Hijo –la Imagen de Gloria vestido de humanidad– vino también para manifestar el Nombre del Padre (Jn. 17:26). O sea, para dar a conocer el Nombre del Dios de Israel, del Espíritu Eterno, que no les fue dado a conocer a los antiguos. Que vino para declarar el Nombre misterioso (YHWH) que estaba oculto, pero prometido para ser a su tiempo revelado para depositar en Él Su salvación (Joel 2:32 y Hch. 4:12). Vino identificándose con *“el Nombre que es sobre todo nombre”* (Fil. 2:9). El Nombre de Dios: **JESUCRISTO EL SEÑOR.**

Por eso es que cuando el Señor mandó a Sus discípulos a doctrinar y a bautizar, les dijo que lo hicieran

INTRODUCCIÓN

Habiendo hablado y escrito ya muchas veces de que Dios es Uno, una vez más he sido impulsado por el Espíritu Santo para escribir ahora este nuevo libro sobre la Unicidad en la Deidad. Dos razones principales ha usado el Señor para moverme a escribir nuevamente sobre este tema fundamental, y éstas son las que describo a continuación.

Una de estas razones es al ver el hecho de que estamos rodeados de un océano de cristianismo Trinitario, en medio del cual están muchos de nuestros hermanos quienes aman al Señor de todo su corazón. Y éstos al oír o leer estas explicaciones basadas en la Palabra de Dios, sé que sus mentes están suficientemente abiertas para recibir *“sin contradicción”*, la revelación del *“grande misterio de la piedad”* (1 Ti. 3:16), del maravilloso *“misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo”* (Col. 2:2).

La otra razón que me mueve para escribir este razonamiento, es considerando lo limitado del conocimiento (y a veces la casi completa ignorancia) que prevalece entre el pueblo que profesa tener revelación sobre el misterio aludido. A muchos he conocido de entre estos mis hermanos, de quienes su proclama se reduce a decir solamente que Dios es Uno. Pues sus conocimientos sobre este maravilloso tema son tan limitados, que al serles demandada una respuesta satisfactoria no pueden, ni tampoco saben darla.

Como en todos mis escritos, una vez más le pido a Jesucristo mi Señor y Dios que obre para que lo explicado pueda ser de bendición para muchos. Que abra los entendimientos de los que aún no tuvieron la revelación, y la confirme en los que profesaren ya tenerla.

LA UNICIDAD EN LA DEIDAD

Hace ya cerca de 20 siglos que el apóstol de los gentiles, Pablo, con la autoridad doctrinal que le fue conferida por el Señor, declara *“el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo”* en sus cartas a las iglesias. Hasta este día los que por voluntad de Dios tuviéremos de recibir revelación sobre este supremo misterio, podemos también ser participantes con el apóstol precisamente de esos *“tesoros escondidos de sabiduría y conocimiento”* a que él se refiere.

Después de transcurridos más de 19 siglos, en vez de que el misterio esté hoy más claro en las mentes del profesante cristianismo, por lo contrario está más confuso. Y la razón para que prevalezca tal confusión es que desde los primeros años de la edad de la Iglesia, el enemigo usó a los *“indoctos e inconstantes”* para que *“torcieran las Escrituras”* (2 Pe. 3:16). Así que desde aquellos primeros siglos se inició la confusión, estableciéndose *“oficialmente”* para el siglo cuarto una interpretación errónea de la Divinidad conocida hasta hoy como *“La Trinidad”*.

La doctrina de *“La Santísima Trinidad”* sostiene que ciertamente Dios es Uno, pero lo dividen en *“tres personas”*, enseñando que el Padre es la primera persona, el Hijo es la segunda persona, y el Espíritu Santo la tercera persona. Declaran hasta hoy los promotores de esta interpretación errónea, que las tres personas en la Deidad no son realmente tres Dioses, sino que son *“tres personas distintas y un solo Dios verdadero”*.

Después de todos los siglos que tiene de edad esta

reino de Dios” (1 Co. 15:50), o sea que no existe la sangre en el reino eterno. Por lo tanto, Dios planeó desde el principio que *“llegando el cumplimiento del tiempo”*, al estar participando Sus hijos *“de carne y sangre, Él también participaría de lo mismo”* (He. 2:14), para librarnos aquí del juicio del pecado que inevitablemente mora en nuestra carne (Ro. 7:14-25 y 1 Pe. 3:21).

Y estando aquí en Su cuerpo humano, derramó entonces en Su sacrificio en la cruz la Sangre que había en Su humanidad. La preciosa Sangre que ahora *“nos limpia de todo pecado”* (1 Jn. 1:7). *“La Sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin mancha y sin contaminación, ya ordenado desde antes de la fundación del mundo pero manifestado en los postrimeros tiempos por amor de nosotros”* (1 Pe. 1:19-20). Esa Sangre de origen Divino que es a la que se refiere el Espíritu Santo cuando dice: *“Y ellos [los fieles hijos de Dios] le han vencido [al enemigo] por la Sangre del Cordero, y por la palabra de Su testimonio”* Ap. 12:11). Esa Sangre fue ciertamente la del Hijo de Dios (que *“es la Imagen del Dios Invisible”*), mas no de Su Cuerpo de Gloria, mucho menos de Su Espíritu Eterno, sino de Su cuerpo humano perfecto de que se vistió al venir a este mundo. Y ese cuerpo necesariamente tenía que ser también *“engendrado”* por el Padre, al igual que Su propio Cuerpo de Gloria. Dios es Uno; Él es *“el Padre”* y Él es *“el Hijo,”* y Él lo es todo (Is. 9:6).

LOS APÓSTOLES ENTENDIERON EL MISTERIO

Cuando los discípulos oían al Señor referirse a sí mismo como *“el Hijo del hombre”*, no tenían problema para entenderle (Mt. 8:20 y 9:6). Sabían perfectamente que el Señor no era literalmente Hijo de hombre, sino que hablaba en ese término para enfatizar la realidad de que Él

padres. Científicamente está comprobado que cada humano fuimos iniciados en la vida con 23 cromosomas del padre y 23 cromosomas de la madre. Y en esa célula inicial integrada por 46 cromosomas –que es precisamente el *“embrión”* al que se refiere David (Salmo 139:16)– viene inevitablemente la herencia de pecado.

En el caso de los 46 cromosomas de la célula inicial que dio origen al que a su tiempo fue el niño Jesús, todo el cristianismo entiende que ciertamente las paternas no eran de José el carpintero de Nazareth, pero muchos no realizan que tampoco las maternas eran de María. Porque si así hubiera sido, entonces, el Señor en Su humanidad hubiera sido mitad Divino y mitad pecador. Porque ciertamente María misma, en su cántico reconoce su herencia de pecado y su necesidad de un Salvador, cuando dice: *“Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador”* (Lc. 1:47).

La verdad maravillosa en el caso del origen de la humanidad del Señor Jesús es que la célula inicial, con sus 46 cromosomas correspondientes, no tuvo principio en su concepción sino *“en el principio”* (Jn. 1:1). Como está escrito: *“Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo [hablando ahora de Su cuerpo humano], hecho de mujer [o sea venido a formarse y a nacer del vientre de una mujer], hecho súbdito a la Ley”*. (Ga. 4:4). Y esto no porque era como los demás pecadores entre Su propio pueblo, mas para cumplir con Su perfección humana toda la Ley Mt. 5:17).

Desde el principio de Su plan de creación y de redención, Dios en Su soberanía absoluta determinó que *“sin derramamiento de sangre no se hace remisión de pecados”* (He. 9:22). Pero, en Su Cuerpo de Gloria no hay sangre, porque *“la carne y la sangre no pueden heredar el*

absurda interpretación, sus mayores iniciadores confiesan que ellos mismos no entienden cómo puede ser tal cosa de que Dios es tres, pero a la vez es uno. Y al no encontrar una explicación satisfactoria para este razonamiento, se amparan diciendo que precisamente por eso el apóstol Pablo lo llama un misterio. Porque según ellos es un misterio que nadie puede entender. Un misterio que solamente Dios entiende como está.

Pero con todo lo irrazonable y lo absurdo de este y otros razonamientos, los promotores de la falsa doctrina de “La Trinidad” la defienden con una tenacidad admirable. No se avergüenzan de proclamarla por todos los medios a su alcance, antes se glorían en ella basados en el hecho de que esta enseñanza es aceptada y creída hasta hoy por una inmensa mayoría entre el cristianismo.

Mas gracias al Señor que este *“grande misterio”* no es algo de que se nos habla en la Palabra de Dios para que permanezca oculto, mas para ser revelado por Dios mismo a quienes a Él le place. Porque ciertamente no es posible poder entenderlo con nuestra capacidad humana, con nuestra intelectualidad o con estudio únicamente. Invariablemente tiene que ser por revelación Divina.

Por lo tanto, si los creyentes en “La Trinidad” se esfuerzan para anunciar y sostener esta enseñanza que es contraria a lo declarado en la Palabra del Señor, los que por misericordia de Dios hemos recibido revelación sobre el misterio con más razón, y aun con mayor tenacidad, debemos de anunciar y sostener la verdad de la Unicidad en la Deidad. Pues ciertamente que aun llevaríamos juicio ante el Señor *“si tuviéremos en poco una [revelación] tan grande”* (He. 2:3), porque tenemos una sagrada obligación de compartirla con los que nos oyeren.

Mas aquí cabe a la vez una advertencia que es también de suma importancia, y esta es el que debemos de tener mucho cuidado de no impartir la revelación del misterio aludido para enjuiciar, y mucho menos para condenar, a los cristianos que no entendieren. Tengamos siempre presente que la revelación tiene que venir de Dios, y recordar que ninguno de los que la hemos recibido ha sido por nuestros méritos o por nuestra capacidad, mas sólo y únicamente por misericordia de Dios.

El apóstol Pedro nos advierte que debemos estar *“siempre aparejados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza [y también de la revelación] que hay en nosotros”* (1 Pe. 3:15). Enfatizo esta advertencia porque me consta que han sido y aun son muchos los que en vez de compartir con el amor del Señor esta verdad con los que no la entendieren, usan el grado de revelación que profesaren tener para insultar, golpear y aun condenar.

De cierto que con esa manera de “compartir” la revelación, en vez de que sea honrada y ensalzada la manifestación de este maravilloso misterio en el sentir del cristiano humilde y sincero que escuchare, opera lo contrario. Me consta que son muchos los creyentes Trinitarios que han sido víctimas de esta negativa actuación y que, por lo tanto, han cerrado sus oídos a toda explicación. Mas cuando a éstos mismos se les ha compartido *“con mansedumbre y reverencia”* una explicación sobre esta maravillosa verdad, la han recibido con todo su corazón. El editor es testigo de lo dicho, pues habiendo creído en mis principios en la doctrina de “La Trinidad”, cuando alguien con altanería y orgullo denominacional quiso “compartir” conmigo su revelación,

Dios de la gloria que antes habían visto ya los profetas Isaías (6:1) y Daniel (7:9). El Señor hizo esto para ponerlos por testigos de que Él era el mismo *“Dios manifestado en carne”*.

Precisamente basados en esa particular visión, el apóstol Pedro dice: *“Porque no os hemos dado a conocer la potencia y la [primera] venida de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas por arte compuestas, sino habiendo con nuestros propios ojos visto Su Majestad [Su Cuerpo de Gloria]”* (2 Pe. 1:16). Los apóstoles pudieron allí exclamar literalmente: *“Verdaderamente Tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel que salvas”* (Is. 45:15). Pues vieron allí al *“Rey de gloria”* (Sal. 24:7 y 1 Co. 2:8), y oyeron el testimonio del Espíritu Eterno (el Padre) a favor de Su Imagen (el Hijo).

LOS 46 CROMOSOMAS ORIGINALES

Mas ahora estamos enfocando nuestra atención en “la carne”, el cuerpo humano en el que el Dios de la gloria se presentó en este mundo. Nadie puede negar el hecho de que no era posible que Dios se manifestara en un cuerpo humano nacido con la simiente de pecado, como lo somos todos los demás humanos, antes y después de Él. El cuerpo humano en el que Dios tendría de visitarnos (Salmo 8:4), tenía que ser *“santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos”* (He. 7:26). Por lo tanto, no podía ser de la simiente de Adán y Eva.

Aquí nos conviene detenernos un poco para considerar en este caso nuestra propia genética, o sea la herencia de pecado que recibimos de nuestros primeros

entendáis que Yo mismo soy. Antes de Mí no fue formado Dios, ni lo será después de Mí. Yo, Yo el Señor, y fuera de Mí no hay quien salve" (Is. 43:10-11).

El pueblo Judío Ortodoxo sostiene firmemente, y con toda la razón, que el Dios de Israel es el Creador de todas las cosas. Y en la Iglesia entre los gentiles hay el reconocimiento de que el Dios del Antiguo Testamento es el Padre. Pero el apóstol Pablo, el apóstol de nosotros los cristianos gentiles, nos dice que el Hijo es el Creador (Col. 1:16). ¿Hay dos Creadores? ¡No! Hay Un solo Dios y Un solo Creador.

LOS TRES ASPECTOS PRINCIPALES EN DIOS

Habiendo ya disertado ampliamente sobre el Cuerpo Visible de Gloria de Dios, pasemos ahora a considerar la humanidad del Señor Jesús, o sea el aspecto humano con el que *"Dios ha sido manifestado en carne"*. Principiaré con explicar que al decir que *"Dios ha sido manifestado en carne"*, debemos de entender que no puede ser posible el que Dios en Su Espíritu Infinito se redujera a un cuerpo humano al estar aquí en la tierra como el Mesías (el Cristo). Ya entendidos de lo antes explicado con respecto al Cuerpo Visible de Gloria de Dios, podemos claramente ver que en ese Cuerpo es en el que se manifestó en carne.

La prueba irrefutable y clara de esto fue Su transfiguración *"en el monte santo"* Mt. 17:1-2). Los que iban subiendo al monte eran cuatro hombres: Jesús de Nazareth (el hijo de María y de José el carpintero, como se creía), Simón Pedro, Juan y Santiago. Mas estando ya en la cumbre del monte, el hombre Jesús de Nazareth desapareció y en Su lugar vieron a la misma Imagen del

mi corazón se cerró aun más. Solamente a su tiempo, y por misericordia, el Dios de amor habló a mi corazón en Su Palabra y mis ojos espirituales fueron abiertos para ver que Él es UNO.

LA HISTORIA ANTIGUA TRAS EL MISTERIO

La revelación de este misterio viene ciertamente *"de lo Alto"* (Stg. 1:17), pero desde el momento en que se trata de la manifestación de Dios en carne (1 Ti. 3:16), el misterio viene envuelto con el elemento humano. Y esto ciertamente en una forma muy directa con la humanidad de ese pueblo que Dios escogió desde el principio para dar a conocer al mundo Su Palabra. Con ese pueblo del cual vino nuestro Salvador, Jesús el Señor. Con Israel, el pueblo Judío.

Por cierto que fue el Señor mismo quien a su vez declaró que: *"La salvación viene de los Judíos"* (Jn 4:22). Por tanto, al tratar de explicar este misterio por nuestra parte ahora, como cristianos entre los gentiles, nos es imperativo ir más atrás del tiempo de la Iglesia y principiar desde sus raíces. Y estas raíces las encontramos en los escritos del Antiguo Testamento, y más particularmente en los Libros del Toráh, que son los cinco primeros libros de la Biblia que para el estudiante cristiano se reconoce como "El Pentateuco".

Pues en el Toráh, que el pueblo Judío reconoce como Divino por cuanto le fue dado a Israel directamente de Dios por medio de Moisés, está la declaración que por cerca de cuatro milenios los sabios Judíos han reconocido como el corazón de la Biblia, y ciertamente lo es: *"OYE ISRAEL, EL SEÑOR NUESTRO DIOS, EL SEÑOR UNO ES"* (Dt. 6:4). Alrededor de esta maravillosa declaración gira no

solamente todo el mensaje del Antiguo Testamento, mas el Libro Santo en su totalidad. Alrededor de esta Suprema Verdad gira también el universo entero. Inclusive, aun los mismos demonios saben y *“creen que Dios es Uno, y tiemblan”* (Stg. 2:19). En el libro del Génesis se nos da razón de que *“en el principio creó Dios [Él, no ellos] los cielos y la tierra”* (Gn. 1:1). Y es en este reconocimiento de la Unicidad de Dios en el que permanece hasta hoy el pueblo Judío. Por medio de los profetas y visionarios en Israel, el Señor mismo hace la declaración de Su Unicidad muchas veces. En el libro del profeta Isaías más particularmente Dios lo declara en una forma muy enfática en las siguientes citas: capítulos 43:11, 44:6 y 8, 45:5-6, 18, 21-22 y 46:9.

Y es por medio del “profeta mesiánico” por el que Dios anuncia también varias veces Su manifestación en carne: Isaías 9:6; 43:10; 45:14-15; 53:2-12. Es a la vez también Isaías quien mira *“la Imagen visible”* del Único Dios, sentado en Su trono de gloria (Isaías 6:1-3 y Colosenses 1:15). De igual manera el profeta Daniel mira también al mismo y Único Dios, y lo describe por cierto en la misma manera en que mira el apóstol Juan a nuestro Señor Jesucristo (Daniel 7:9 y Apocalipsis 1:14-15).

La siguiente Escritura es una de pocas en el Antiguo Testamento que nos proveen un asomo sobre el misterio que Dios presenta en el Nuevo Testamento: *“¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en Sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es Su Nombre, y el Nombre de Su Hijo, si sabes?”* (Pr. 30:4).

MANIFESTACIONES VISIBLES DEL SEÑOR

solamente oír la voz de su Creador, mas ver también Su Imagen.

Por eso antes de todo “engendró” al Hijo, el cual es Su Cuerpo Visible, porque era necesario que todos vieran a su Creador. Pues al haberles creado por Su Espíritu Invisible e Infinito (que muy bien pudiera haberlo hecho así también), hubiera provocado un caos entre los billones de seres quienes, teniendo facultades para ver, oír y razonar, se hubieran preguntado en una tremenda confusión: ¿Quiénes somos? ¿De dónde hemos venido? ¿Qué estamos haciendo aquí? En cambio, al instante de ser creados pudieron oír y ver a su Creador.

¿En qué baso esta tremenda declaración de “flama blanca?” Me baso nada menos que en la también tremenda declaración del apóstol Pablo, quien apoyado en la autoridad doctrinal y profética, como también la visión Divina para declarar los misterios de Dios (Ef. 3:3-5), nos dice: *“Porque por Él [por el Hijo] fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades. Todo fue creado por Él y para Él [no por ellos, ni para ellos]”* (Col. 1:16).

Jesucristo el Señor es el Dios de Israel que hasta hoy ha puesto el velo en los ojos del pueblo Judío para que no lo reconozca. Mas a su tiempo, *“cuando hubiere entrado la plenitud de los gentiles... todo Israel será salvo”* (Ro. 11:25-26). Pues entonces ellos mismos reconocerán que Jesús el Señor es el Mesías que por los milenios Israel ha esperado. Pero a Su Iglesia entre los gentiles, Dios nos ha dado hoy la revelación en el Nuevo Testamento. Como está escrito: *“Vosotros sois Mis testigos, dice el Señor, y Mi Siervo que Yo escogí; para que me conozcáis, y creáis, y*

es otro Dios, ni mucho menos otra persona en la Deidad, sino Él mismo manifestándose ahora con un Cuerpo Visible.

Ahora, durante el curso del tiempo, el Hijo se llama a sí mismo *“el Alpha y la Omega, principio y fin”* (Ap. 1:8). Mas esto no quiere decir que Él como Dios tiene principio y fin, mas está describiendo precisamente Su función Divina en el periodo que abarca el tiempo desde el principio hasta el fin de éste. Por eso dice el apóstol: *“Luego el fin; cuando entregará el reino a Dios y al Padre, cuando habrá quitado todo imperio, y toda potencia y potestad”* (1 Co. 15:24).

Porque es entonces cuando se acaba *“el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo”*, y que Dios se presenta otra vez ante Su nueva creación solamente como Dios (2 Pe. 3:13 y Ap. 21:1-3). Es cuando la siguiente Escritura tendrá su cumplimiento: *“Y el Señor será Rey sobre toda la tierra. En aquel día el Señor será UNO, y uno Su Nombre”* (Zc. 14:9). ¿Cuál Nombre? El *“Nombre que es sobre todo nombre”*, **JESUCRISTO EL SEÑOR** (Fil. 2:9-11).

EL DIOS ETERNO EN SU CUERPO DE GLORIA

Dios propuso dar origen a la tremenda e inmensa creación compuesta de billones de soles, de estrellas, de galaxias y demás cuerpos celestes que hasta hoy son misteriosos para los astrónomos. Mas a la vez determinó también, además de “engendrar” a Sus hijos, crear seres celestiales como lo son los ángeles, los arcángeles, los querubines, y demás seres misteriosos que se mencionan en la Biblia. A todos estos seres los hizo con facultades para oír, ver y razonar, por tanto, era imperativo que al dar existencia a todos, pudieran en el instante de su creación no

Son algunas las ocasiones también en el Antiguo Testamento donde el Señor trata con Sus siervos presentándose con el aspecto como el de un ser humano. Podemos empezar con la vez cuando el Señor, acompañado de dos ángeles, visitó a Abraham Su amigo para anunciarle el nacimiento milagroso de Isaac, el hijo de la promesa (Gn. 18:1-15). Su nacimiento fue milagroso por el hecho de que ya Sara estaba en la edad de no poder tener hijos. En esta ocasión el Señor, como si hubiera sido un humano, aun tuvo de comer del becerro que aderezó Abraham.

Cuando Jacob regresaba del exilio juntamente con sus hijos y sus familias, con sus criados y sus ganados, estando para encontrarse con su hermano Esaú, tuvo miedo. Esa noche en que el temor no lo dejaba dormir, se le presentó un Personaje misterioso con el cual (por razones que la Biblia no nos explica) tuvo de luchar (Gn. 32:24-30). Al final del encuentro aquel Personaje misterioso bendijo a Jacob cambiándole su nombre por Israel. Y le dijo: *“Has peleado con Dios y con los hombres, y has vencido”*. Y al preguntarle Jacob por Su Nombre no se lo dijo, pues aún no era el tiempo de que el Nombre Supremo fuera declarado (Fil. 2:9-11).

Cuando Moisés deseó ver el rostro de Dios, no le fue concedido verlo en la forma como él quería. Mas el Señor le dijo: *“Verás Mis espaldas, mas no se verá Mi rostro”* (Ex. 33:18-23). Sobre la expresión Divina, *“No podrás ver mi rostro, porque no me verá hombre, y vivirá”* (verso 20), explico que esto se cumple cuando Dios quiere. Y lo pruebo citando la ya referida visión de Isaías cuando éste dijo: *“¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, al Señor de los ejércitos”* (Is. 6:5).

Antes del sitio de Jericó, Josué tuvo un encuentro con un Varón misterioso al cual Josué le pidió se identificara, a lo que aquel Personaje le respondió: *“Soy Príncipe de los ejércitos del Señor”*. Josué sabía que a nadie aparte de Dios se le debe de adorar, pero reconociendo que era el Señor, *“postrándose sobre su rostro en tierra le adoró, y díjole: ¿Qué dice mi Señor a Su siervo?”* (Jos. 5:13-15). Otra vez más vemos aquí al Señor mostrándose a otro de Sus siervos en la forma de un hombre, en la apariencia de un hombre.

Para finalizar esta serie de apariciones misteriosas del Señor en el Antiguo Testamento en forma de un ser humano, refiero la historia de Manoa y su mujer que era estéril, y a quienes les apareció el Señor y les dijo que ella iba a tener un hijo: Sansón (Jue. 13:2-24). Vemos otra vez aquí el Nombre *“oculto”* (verso 18), y la misma expresión de temor de los que miraron a Dios: *“Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto”*. Pero otra vez el Señor *“no quiso”* matarlos (versos 22 y 23).

EL MISTERIO DE LA DEIDAD MANIFESTADO

Ya digo antes que en el Antiguo Testamento el misterio de la Unicidad en la Deidad no existía. Porque de acuerdo a lo ya explicado el pueblo de Israel conoció solamente a su Dios, al Único Dios, precisamente al Dios de Israel. El misterio que sí existía era el del Nombre oculto, como ya lo miramos con Jacob y con Manoa. Cabe aquí, por cierto, señalar el hecho de que el profeta Joel también habló de un Nombre en el cual iba a haber salvación al invocarlo (Joel 2:32).

Cualquier conocedor de la Biblia sabe que el Nombre

Ya menciono antes el hecho de que Dios siempre ha sido Dios. Él es *“el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad, y cuyo Nombre es el Santo”* (Is. 57:15). Él *“es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”*, y es *“sin principio de días y sin fin de vida”* (He. 7:3 y 13:8). El cual en conformidad con la declaración del misterio de que nos habla el apóstol Pablo en el texto inicial (Col. 2:2), era únicamente Dios. No era aún *“Padre”*, ni tampoco *“Cristo”*. ¿Y por qué digo así? Porque no había aún Dios engendrando al Hijo, el cual es *“el Primogénito entre muchos hermanos”*, ni al resto de Sus hijos, *“que antes conoció [y que] también predestinó para que fuesen hechos conforme a la Imagen de Su Hijo”* (Ro. 8:29). Ni era aún el Mesías, el Cristo, el Ungido, porque faltaba aún que así como *“los hijos participaran de carne y sangre”*, Él también viniera a participar de lo mismo para traernos liberación y restitución (He. 2:14).

Mas en un punto de la eternidad, en la cual no existe el tiempo, Dios propuso en Su poder y sabiduría infinita hacer la presente creación *“de las cosas movibles”* (He. 12:27). Y así inició *“el principio”* (Gn. 1:1 y Jn. 1:1), o sea que hizo el factor que hoy nosotros llamamos *“tiempo”* y el cual, por cierto, al finalizar Dios todo Su plan de creación y de redención, *“no será más”* (Ap. 10:6).

Mas la iniciación del tiempo está ligada estrechamente con ese punto exacto en la eternidad cuando el Espíritu Eterno *“engendró”* a Su Hijo (He. 1:5), *“el cual es la Imagen del Dios Invisible, el Primogénito de toda criatura”*. El que *“es antes de todas las cosas”*, y también *“el Principio de la creación de Dios”* (Col. 1:15-17 y Ap. 3:14). El que de igual manera *“es el resplandor de Su gloria, y la misma Imagen de Su sustancia”* (He. 1:3). No

escrito.

Por ejemplo cuando el Señor dice, *“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo”* (Lc. 9:23), al hablar de ello al pueblo, o a personas que no conocen al Señor, tenemos que usar de la “flama blanca” para decirles que es lo que quiere decir “negarse a sí mismo”. Cuando le decimos al incrédulo el texto popular, *“Dáme hijo Mío tu corazón, y miren tus ojos por Mis caminos”* (Pr. 23:26), tenemos que explicarle lo que quiere decir “darle el corazón al Señor”.

Siendo que en el idioma hebreo cada letra tiene varios significados (pues, inclusive, los números son letras), con mayor razón la “flama blanca” ha sido usada por los milenios y hasta hoy por los rabinos entre el Judaísmo, para escudriñar los secretos del Toráh. Por cierto que en estos últimos tiempos de la ciencia, han usado las modernas computadoras precisamente para buscar en la “flama blanca”, y han encontrado secretos maravillosos de profecías escondidas por milenios en el Toráh que han tenido su cumplimiento en el siglo XX. La verdad es que la Biblia, siendo el Libro de Dios, es diferente que cualquier otro libro y no puede leerse igual porque su profundidad es insondable (Ro. 11:33).

Queriendo ahora por mi parte, ayudar con razonamientos de “flama blanca” a los lectores que se prestaren, basándome en las Escrituras ya antes citadas y otras más, presento enseguida un cuadro en la mente del lector tratando de aclarar el misterio de la Unicidad en la Deidad. Y más particularmente en la manifestación del Único Dios como el Padre y como el Hijo.

EL DIOS ETERNO EN SU ESPÍRITU INFINITO

a que se refiere Joel que habríamos de invocar para salvación, no era el Nombre original del Señor: YHWH, de las cuatro consonantes que no se pueden pronunciar. Ni mucho menos “Jehová”, el cual es por cierto solamente cual un apodo puesto por los gentiles reemplazando el Nombre original. Todos entendemos que JESÚS EL SEÑOR, es el maravilloso Nombre *“que es sobre todo nombre”* (Fil. 2:9), el cual en el cumplimiento del tiempo tuvo de ser revelado para nuestra salvación (Hch. 4:12).

El misterio que hasta hoy continúa siendo un misterio para una inmensa mayoría entre el profesante cristianismo, se encierra en las manifestaciones de Dios como *“el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo”* (Mt. 28:19). Pues este texto es por cierto la base más fuerte que citan los que no tienen la revelación para tratar de probar la existencia de “La Trinidad”. Pero el apóstol Pablo habla del *“misterio de la piedad”* declarando que *“Dios ha sido manifestado en carne”* (1 Ti. 3:16), diciéndonos también que: *“Dios estaba en Cristo”* (2 Co. 5:19).

Mas en el texto original de este libro el apóstol se profundiza aun más, hablándonos del *“misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo”*, y agrega que aquí *“están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento”*. ¿Por qué dice esto? Por la razón de que al entender la declaración de esta expresión, tenemos entonces luz para poder mirar la extensa realidad de la Unicidad en la Deidad. Para poder ver claramente las manifestaciones del Único y *“Verdadero Dios”* (1 Jn. 5:20) operando en Sus diversas manifestaciones en Su plan de salvación.

Dios, el Espíritu Infinito, Sempiterno, Todopoderoso, que nunca empezó y que nunca termina, ni en tiempo ni en espacio, *“es el mismo ayer, y hoy, y por*

los siglos" (He. 13:8). Mientras Él no hacía "el principio" (Gn. 1:1 y Jn. 1:1), "engendrando" al Hijo (He. 1:2 y 5), "el cual es la Imagen del Dios Invisible, el Primogénito de toda criatura" (Col. 1:15), e iniciando con Él el factor que nosotros conocemos como, "el tiempo", Dios era solamente Dios. No era Padre, mas empezó a serlo cuando "engendró" no solamente al Hijo (que no es otro Dios sino Su propio Cuerpo), mas también a Sus "hermanos" menores (Ro. 8:29).

PRINCIPIO DEL PLAN DE SALVACIÓN

Hablando del Creador, el apóstol Pablo nos dice: "Por Él [el Hijo] fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean potestades. Todo fue creado por Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y por Él todas las cosas subsisten" (Col. 1:16-17). Fijémonos muy bien que no habla de dos Creadores, ni de dos personas, mucho menos de dos Dioses. Porque ahora en Su Espíritu Eterno es llamado "el Padre", y en ese Su Cuerpo Visible, en el cual "habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col. 2:9), es llamado "el Hijo".

Mas precisamente por cuanto Dios en Su plan Divino propuso enviar a Sus hijos a "participar de carne y sangre". (He. 2:14-15) en medio del resto de la humanidad y de esta creación "de las cosas movibles" (He. 12:27), proveyó desde el principio el plan de salvación y restitución para nosotros (1 Pe. 1:19-20). Y en el mismo versículo que declara la participación de carne y sangre de los hijos, dice a la vez que: "Él [el Padre de los hijos] participó de lo mismo", refiriéndose sin lugar a dudas a la venida del Señor en carne para darnos liberación sobre el pecado.

20:28).

Al igual que sus antepasados en el pueblo de Israel, los apóstoles sabían todos perfectamente que Dios es solamente UNO (Dt. 6:4). Mas habiéndoles tocado a ellos administrar en la era del Mesías, cuando el Dios de Israel vino como el Salvador (Is. 43:10 y 45:14-15), recibiendo de Él la revelación no tuvieron ningún problema para hablar ampliamente del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

RAZONAMIENTOS EN "LA FLAMA BLANCA"

Ya he citado antes suficientes Escrituras para probar la Unicidad en la Deidad, o sea "el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo". Ciertamente que son muchas más las Escrituras que pudiera citar, porque este tema fundamental es el mayor y más extenso en el Libro Santo. Pero creo que para el cristiano que leyere este libro con una mente abierta, lo citado es aun más que suficiente para que reciba luz de parte del Señor sobre este misterio "en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento".

Antes de proseguir hago participante al lector de una regla que han usado ya por más de tres milenios y medio los enseñadores del Toráh (la Ley) entre el pueblo del Israel antiguo, y hasta hoy entre el Judaísmo moderno. Esta regla de interpretación la han llamado ellos la "Flama Blanca", y consiste en leer "entre líneas", como comúnmente decimos nosotros. Así que sin saber aún la regla de la "flama blanca" nosotros de continuo leemos entre las palabras, los textos y los párrafos, lo que no está escrito con la "flama negra" (la tinta), y entendemos y decimos lo que no está escrito pero se sobre entiende por lo

Deidad. El único *“Cuerpo”* visible (Ef. 4:4, Col. 1:15 y He. 1:3), del Infinito Dios quien es Espíritu Invisible (Jn. 4:24). Cuando el apóstol Juan nos dice que *“seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es”* (1 Jn. 3:2), habla en singular no en plural. Notemos, inclusive, que dice, *“hijos de Dios”* y que seremos *“semejantes a Él, porque le veremos como Él es”*, o sea como es Dios. Al referirse a la Venida del Señor en la literatura Trinitaria, pintan a *“las tres personas”* descendiendo del cielo. Esto no puede ser, porque es *“Él”*, no *“ellos”*. Al que no tiene la revelación, ciertamente son muchos los pasajes en el Nuevo Testamento en los que parece claramente que son dos personas en la Deidad. Por ejemplo, el texto más popular dice: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn. 3:6). Y la interpretación común es lo que a la simple vista se lee, que el Anciano (el Padre) mandó aquí a Su Hijo (al joven). Mas al leer este texto juntamente con el que dice que *“Dios ha sido manifestado en carne”*, el creyente que se presta para razonar va a ver aquí que ciertamente no son dos, sino que es Él mismo.

Lo mismo podemos decir del texto: *“Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios”* (1 Jn. 4:3). Pues la verdad es que cualquier borracho, y hasta los mismos impíos, y aun los ateos, aceptan que Jesucristo vino en carne. Mas cuando se trata que es Dios mismo el que vino, no lo aceptan.

En el monte de la transfiguración (Mt. 17:1-9), Pedro, Juan y Santiago vieron al mismo que habían visto antes Isaías (6:1) y Daniel (7:9). Por eso en sus escritos se refieren al Señor como Dios. Inclusive, Tomás el incrédulo, reconociéndolo le dice: *“¡Señor mío, y Dios mío!”* (Jn.

Y es aquí, precisamente, en el desarrollo del plan de salvación donde entra en función el mismo Dios como el Salvador, como el Mesías (en hebreo), como el Cristo (en griego), como el Ungido (en español). Pues el mismo Dios lo anticipa diciendo que no podía ser otro: *“Yo, Yo el Señor; y fuera de Mí no hay quien salve”*. *“Yo el Señor, y ninguno más hay: no hay Dios fuera de Mí... no hay más que Yo; Yo el Señor, y ninguno más que Yo”*. *“Y no hay más Dios que Yo; Dios Justo y Salvador: ningún otro fuera de Mí. Mirad a Mí, y sed salvos todos los términos de la tierra, porque Yo soy Dios, y no hay más”* (Is. 43:11, 45:5-6 y 21-22).

Si el Cristo de los evangelios no fuere Dios mismo, ya está dicho que no nos podría salvar. Mas desde el principio de Su advenimiento en humanidad a este mundo, en cumplimiento de lo profetizado por Isaías, se dijo de Aquel niño que era *“EMMANUEL... con nosotros Dios”* (Is. 9:6 y Mt. 1:23). Desde entonces se le brindó la adoración que solamente a Dios pertenece. Y después, estando ya en el desempeño de Su ministerio terrenal, son muchas las ocasiones que registran los evangelios donde los agradecidos le brindaron esa misma adoración, y Él la aceptó.

Lo dicho puede ser suficiente para *“los entendidos”* (Dn. 12:10), para que éstos puedan ver la declaración de este misterio. Un misterio que aquellos que no teniendo la revelación de la Unicidad en la Deidad, tratan de resolverlo interpretando que el Creador son el Padre y el Hijo trabajando juntamente como Uno, pero que a la vez son dos, y aun tres. Este es un razonamiento que no concuerda con la verdad declarada en la Palabra de Dios, de que Él es solamente Uno.

VARIOS RAZONAMIENTOS IRREFUTABLES

Uno de los problemas para la mente humana sin la revelación, es no entender cómo es posible que Dios sea a la misma vez el Padre y el Hijo. No cabe en sus mentes el hecho de que el Señor Jesús sea el mismo Dios, mayormente cuando estando aquí en el mundo hablaba continuamente del Padre como si fuera otra persona. Y aún menos, cuando al orar se dirigía como se puede dirigir cualquier hijo de Dios al Padre. Aquí cabe citar el ejemplo por excelencia de la confusión en la mente, al oír a Felipe en su diálogo con el Señor en Juan 14:8-11, y la declaración perfecta que le fue dada en la respuesta del Maestro. (No cabe aquí mencionar al Espíritu Santo, porque en realidad en las mentes de los creyentes en "La Trinidad" no hay más que dos personas. Pues aun en sus mismas pinturas dibujan dos seres: uno anciano y uno joven. Y al Espíritu Santo lo describen como una paloma. Pues ellos mismos reconocen que no pueden completar literalmente "La Trinidad" porque no tienen ninguna base bíblica para pintar una tercera persona. Y pintan entonces la paloma. Mas los mismos que así describen a la Trinidad, inconscientemente aceptan que la paloma no puede ser persona).

Cuando nuestros ojos espirituales están claros para mirar la Omnipotencia, la Omnisciencia, y la Omnipresencia del Eterno, no tenemos problema para aceptar que Dios puede manifestarse en todas las formas que Él deseara, sin límite y aun al mismo tiempo. Como prueba de esto dicho cito un ejemplo que a cualquier estudiante de la Biblia le es fácil reconocer, y este es el hecho de que siendo el Señor nuestro Sumo Pontífice, es a la misma vez el Cordero de la expiación. Es nuestro Sacerdote y también es la víctima del altar (en el Calvario).

El Señor dijo a Nicodemo: *"Si os he dicho cosas*

terrenas, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?" (Jn. 3:12). Y, precisamente, allí está el problema para las mentes de quienes tratan de resolver *"el misterio de la piedad"* sin tener la revelación y con el intelecto humano solamente. Por lo tanto, miden la Deidad con la medida de nuestras relaciones como humanos, y no pueden menos que figurar que hay dos personas distintas: uno es el Padre, y el otro es el Hijo. Inclusive, al interpretar literalmente el término, *"a la diestra de Dios"* (Hch. 7:56 y He. 1:3), con la mentalidad referida, concluyen que hay dos tronos. El más grande es el trono del Padre, el del *"Anciano de grande edad"* (Dn. 7:9). Y a *"la diestra de Dios"* agregan otro trono un poco más chico, que es el del Hijo. Hacen así algo semejante con "La Trinidad", o sea que forman en sus mentes (y aun lo describen en sus pinturas) un segundo trono para lo cual no hay base bíblica en lo absoluto. Pues en ninguna parte de las Escrituras hay dos tronos, solamente uno.

El término, *"la diestra de Dios"*, simboliza la autoridad de Dios. Como está escrito: *"El principado sobre Su hombro"* (Is. 9:6). El cumplimiento exacto de esta Escritura se encuentra en la declaración del Señor: *"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra"* (Mt. 28:18). Esta *"potestad"* absoluta es el equivalente de la expresión: *"La diestra de la Majestad en las alturas"* (He. 1:3). *"Porque en Él [en la 'Imagen', el Cuerpo Visible de Dios al cual se le llama 'el Hijo'] habita toda la plenitud [potestad] de la Divinidad corporalmente"* (Col. 2:9). Si se tratara de dos personas distintas, no podrían ambos tener *"toda la potestad"*.

Pero la maravillosa verdad es que *"el Hijo de Dios"* no es una segunda persona, sino la Única Persona en la